





Semianalfabeto y de limitadas luces, el poder de Rasputin se basa en su capacidad de sugestión y sus bien manejadas dotes de taumaturgo. Además, en un momento en que Nicolás II era cada vez más consciente de la brecha que se abría entre él y su pueblo, la voz del starets simbolizaba para él la voluntad y el interés de ese mismo pueblo, y ofrecía una quimérica posibilidad de contentarlo. Sorprende saber, sin embargo, que Rasputin era un pacifista decidido, aunque interesado también pues preveía los riesgos que acarrearía la guerra a los que le protegían. Ya en 1912 influyó poderosamente para que Rusia se mantuviera fuera de la guerra de los Balcanes, y en 1914 trató de evitar por todos los medios su entrada en la Gran Guerra, llegando incluso a perder por ello durante un tiempo el favor del zar. En sus intentos posteriores de buscar una paz por separado con Alemania llegó a aceptar sobornos del gobierno alemán, lo que no justifica la acusación de espionaje que se le ha hecho a veces.

La obra nos depara otras sorpresas. No es la menor descubrir que poco hay en realidad del infatigable atleta sexual de la leyenda. Las numerosas relaciones sexuales de Rasputin con mujeres, y también con hombres, no pasaban en general de lo que suele denominarse "caricias", aunque su forma de practicarlas y su personal magnetismo alimentó una extendida fama de amante volcánico. Una irrefrenable libido marcó su vida y provocó también su muerte, pues sólo el amor por el príncipe Félix Yusúpov, su asesino, le hizo dejar su casa desoyendo todos los consejos y acudir a la cita donde acabarían con él.

En el diario podemos ver cómo el campesino (nombre que le daban en la corte) preparaba los trucos con los que luego deslumbraba a los zares. Su estilo es seco y sincero, a veces brutal, y transparenta algo de la magnética personalidad de su autor. No obstante, el cinismo es excesivo para el gran líder religioso que a veces pretendió ser.

La clave para entender la historia de Rasputin tal vez sea sólo contemplar un átomo de ese pueblo ruso que está siempre ahí abajo y no cuenta, y que en un momento convulso logra encaramarse arriba. Horriblemente desentona su mal olor en la fiesta de los elegidos, su mente medieval entre los próceres de la "ilustrada" Petersburgo, pero no es en realidad más que un pedazo de la negra realidad que ellos parasitan, que en un momento dado la vida les arroja a la cara.

La imagen de Rasputin que recobramos gracias a este libro nos habla a través de la leyenda de un político venal y desastroso, uno más compitiendo en aquel tiempo amenazado por nubes de tormenta, un místico de pacotilla, ególatra y neurótico. Sin embargo, otros rasgos vemos también, como un pacifista a ultranza que estuvo a punto de lograr que Rusia no entrara en la Gran Guerra, o un ser hipersensible y sufriente que a veces sabe conmovernos: "Toda mi vida no ha sido más que una enfermedad."